

Domingo 12 de junio de 2016

DIA DEL ANTIGUO ALUMNO

Como es ya tradicional, el sábado 11 y el domingo 12 de junio, se celebró el encuentro anual de los antiguos alumnos. El sábado dedicado a los encuentros entre los miembros de las promociones y el domingo dedicado a los actos institucionales.

De lo que nos llega de las bodas de oro, el encuentro comenzó con un paseo en la Leyenda del Pisuerga en donde se sirvió un aperitivo, siguió en el colegio en el que los celebrantes desarrollaron un juego de pistas y finalizó con una cena de confraternización en un conocido hotel de la ciudad. No tenemos los detalles de las bodas de plata, aunque nos consta que la asistencia fue amplia el desarrollo grato.

Hechas de víspera las visitas al colegio, el domingo comenzaron los actos con una Eucaristía, presidida por el consiliario **Jesús Sanjosé del Campo**, y concelebrada por el superior de la comunidad, **Javier Pérez de la Canal**, y los antiguos profesores del colegio **Marcelo Cartón** y **Jesús María Martín Mateo**, este último también antiguo alumno, consiliario de la asociación y beneficiario de las colectas realizadas en años anteriores mientras vivía en Honduras.

Domingo 12 de junio de 2016

DIA DEL ANTIGUO ALUMNO

EUCARISTÍA



La Eucaristía, amenizada por un dúo de viola y violín, contó con la participación de los antiguos alumnos uno de la promoción de las bodas de oro y otro de la promoción de las bodas de plata, que hicieron las lecturas.

***se trata de meterse en la escena misma
y observar qué es lo que hacen los
protagonistas.***

***Viendo al fariseo para observar lo que
hay de fariseo en el interior de cada
uno de nosotros...***

En la Homilía el Celebrante comenzó haciendo un paralelismo entre los tiempos fuertes de la liturgia y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. En unos y en otros hay tiempos y meditaciones fuertes -Navidad, Resurrección- y tiempo ordinario. Siendo el domingo actual, el XI, del tiempo ordinario, invitó a los asistentes al método ordinario de la contemplación ignaciana. Se trata de meterse en la escena misma y observar qué es lo que hacen los protagonistas. Ver al fariseo, que por fuera queda bien con Jesús invitándole a un banquete y por dentro lo critica duramente porque entiende que no sabe quién es la que le está agasajando. Ver a la pecadora a la que el evangelista ni siquiera le da la palabra: no habla, pero con sus gestos está pidiendo el perdón. Ver a Jesús que cuenta una parábola sobre deudas, pagos y condonaciones, para que todos puedan entender qué es lo que está ocurriendo. Se trata de hacer visible que el Señor está dispuesto a aplicar su misericordia y su perdón siempre que haya reconocimiento de la culpa. Finalizó exhortando a sacar al exterior al fariseo que todos llevamos dentro de nosotros, reconociendo qué cosas hacemos mal y como alivia la misericordia del Señor, recordando el papel intermediario de la Madre en todo este proceso.

Dos miembros de la junta directiva de la AAA hicieron las peticiones correspondientes y la colecta, a continuación que, como la del año anterior, será enviada a José María Andrés Vitoria, Rector del Colegio Javier de Panamá, para que haga entrega al IGER -Instituto Panameño de Enseñanza Radiofónica- de su importe (324,33 euros, según informa el presidente). Un momento especialmente emotivo resultó el del recuerdo a los difuntos del canon, en el que, además de una mención especial para Juan Lamamie, se leyeron las listas de los difuntos de las dos promociones que protagonizaban el acto. Además, en este momento, un antiguo alumno representante de las bodas de plata hizo unas emotivas peticiones.

Finalizó la Eucaristía con unas palabras del padre Jesús Martín Mateo que agradeció las limosnas recibidas por colectas de años anteriores.



Domingo 12 de junio de 2016
DÍA DEL ANTIGUO ALUMNO

ACTO INSTITUCIONAL



*Finalizada la Eucaristía en la capilla, los asistentes se trasladaron al salón de actos en donde se procedió a celebrar el acto institucional que comenzó con un breve saludo del presidente. Acabada su intervención, tomo la palabra el secretario para leer el acuerdo de la Junta Directiva por el que se concedió la distinción de este año a **José María Lara Sanz**, antiguo alumno de la promoción de 1961. Al que le fue entregada la correspondiente credencial consistente en una placa conmemorativa. Finalizada la entrega, se invitó al consiliario, Jesús Sanjosé del Campo, a pronunciar el elogio del homenajeado.*

ANTIGUO ALUMNO DISTINGUIDO Elogio por Jesús Sanjosé del Campo

Cuando cada año la Junta Directiva inicia los pasos del procedimiento para otorgar la distinción a un antiguo alumno del colegio, uno de los criterios que pone en valor es el de la posterior vinculación con el mismo tras sus años escolares. Vinculación, que en unas ocasiones puede ser de tipo directo, implicación en las asociaciones de padres o de antiguos alumnos que emanan del colegio, y en otras de tipo indirecto como la de contribuir con sus escritos al buen nombre del colegio, manifestar en sus actividades públicas esa vinculación, etc. Asunto éste nada fácil, pues hemos ido

constatando que la principal característica de los alumnos del colegio es la dispersión, primero por razón de estudios, luego por razones relacionadas con la profesión. Dispersión que si cabe es más fácil de explicar si tenemos en cuenta que una buena parte de nuestros antiguos alumnos vivieron en su momento en régimen de internado y al acabar sus estudios de bachiller abandonaron la ciudad que les había acogido en su etapa anterior. Eso sí, muchos de lo que fueron alumnos en Valladolid, se vincularon a la Compañía en otros lugares participando de actividades tales como el voluntariado, la pastoral universitaria o de adultos, etc., etc. De ahí una dificultad endémica con la que nos encontramos en la asociación a la hora de programar nuestras actividades anuales y de ahí, también, la falta de duda de este año al hacer la valoración de nuestro hoy alumno distinguido, José María Lara, en el que se cumplen las condiciones requeridas de forma rigurosa.

El antiguo alumno a quien hoy estamos otorgando públicamente nuestro reconocimiento, ya en 2007, manifestaba públicamente su doble condición de estancia y permanencia. Fue en una conferencia pronunciada con ocasión de las celebraciones de los 125 años de la fundación del colegio. La conferencia la extrajo de un trabajo mucho más amplio que tituló "Memorias de un alumno sexagenario", en el que comentaba que en el momento en el que volvió a Valladolid, tras una larga temporada de estancia en

Bilbao por razones profesionales, una de las primeras cosas que hizo fue buscar una plaza en el colegio con el fin poder dar a su hijo Francisco la misma educación que antes había recibido él mismo en su momento; y que, conseguida la plaza, él mismo se encontró integrado de forma natural en las actividades de la Asociación de Padres de Alumnos que, con el paso del tiempo, llegaría a presidir.



Quien ahora les habla, tuvo la ocasión de coincidir con José María en el colegio en las dos épocas, primero como compañero y luego como consiliario de la asociación. Si de la primera época no puedo dar ningún testimonio directo de su paso por el colegio -se trataba entonces de esa distancia insalvable para una mente infantil de cinco promociones-, si puedo reconocer en mi memoria muchos de los relatos que pinta en su trabajo con mano magistral y que componen el patrimonio común de los que vivimos aquel tiempo. En cambio, de su segunda estancia puedo hablar, y por ello doy testimonio hoy en público de la entrega y del servicio a la asociación, en la que primero militó y luego presidió, y a la que no regateó ni tiempo ni dedicación, asunto éste que es muy de valorar, si tenemos en cuenta que José María era entonces un profesional en activo

que con su dedicación al colegio restaba tiempo de trabajo a su actividad profesional.

Para no cansar a la audiencia, me limitaré a destacar dos actividades desarrolladas por él al servicio del colegio, una orientada hacia adentro de la institución y otra orientada hacia fuera y con una repercusión en el ámbito público. Hacia adentro, José María recogió un curso de inglés en estado embrionario que habían iniciado unos cuantos padres por su cuenta y riesgo y consiguió que se integrara en las actividades del colegio, dotándolo de unas bases sólidas que fueron capaces de superar el estrecho límite de su mandato. Hacia afuera, José María, lideró de forma clara la defensa de los derechos de los centros de iniciativa social que se veían peligrar en aquel momento por las leyes elaboradas por gobierno socialista que estaba tramitando una Ley, la LODE, que muchos entendíamos trataba de limitar determinadas libertades tales como la de elección de centro, el derecho al ideario, etc., etc.

Cuando esto ocurría, eran los años ochenta, años de cambio sustancial en España. Se había producido el cambio político, con el paso de la dictadura a la democracia, y los que protagonizábamos estas historias, educados en otra época, no distinguíamos con claridad qué era lo que debía permanecer y qué debía cambiar en el interior de nuestras instituciones. Se estaba produciendo un cambio educativo, y la Compañía de Jesús había apostado por hacer evolucionar sus centros "de jesuitas a centros de la comunidad educativa", asunto éste, que había que inventar día a día. Ante la falta de preparación para el cambio, los que lo protagonizábamos no podíamos hacer otra cosa que aplicar el método del éxito y del error. En el mejor de los casos sabíamos hacia dónde debíamos caminar, - aspecto ético-, pero desconocíamos el mejor modo para llegar -aspecto político- y por ello, en el día a día, no era raro que surgieran conflictos que nadie quería. Conflictos entre padres, profesores, jesuitas, etc., etc. Los profesores, por ejemplo, entendían que había cuestiones que tenían que ver con su ámbito profesional y por ello ni la dirección ni los padres tenían nada que decir, en determinados asuntos; además comenzaban a reivindicar usando los medios propios de los sindicatos derechos básicos como el de una retribución digna, entre otros.

En este ambiente, se estaban dando en el colegio importantes cambios curriculares. En efecto, finalizada ya la implantación de la LGE, Ley General de Educación, que había establecido nuevos niveles tales como la EGB, el BUP y el COU, se empezaban a perfilar determinados ajustes, aparentemente menores, pero de consecuencias no menos importantes. Uno de ellos fue el de la sustitución progresiva del segundo idioma, el francés por el inglés. Algunos padres más impacientes, tal vez,

se polarizaron con este tema que consideraban vital, sin duda porque ellos mismos habían vivido las limitaciones que la ignorancia del inglés estaba provocado en su desarrollo profesional, se pusieron de acuerdo, y de forma un tanto caótica, añadieron al grupo integrado por sus hijos a algunos amigos y

compañeros, llamaron a algunos profesores nativos y monitores y pusieron en marcha un curso de verano de inglés, mitad diversión y mitad estudio, que comenzó desarrollándose en las instalaciones del seminario de Comillas, en Cantabria, durante el mes de julio, antes de protagonizar un futuro itinerante.



Es de reconocer que el mérito de José María Lara no consistió en poner en marcha un curso de inglés, su mérito estriba en algo más difícil: recoger una iniciativa, nacida de forma espontánea y de difícil continuidad para integrarla dentro de las actividades ordinarias del colegio. El curso, nacido, como tantas otras cosas de aquel tiempo, de forma caótica, de padres conocidos pero no reconocidos, consiguió un reconocimiento e integración en el funcionamiento ordinario del centro, de tal manera que el colegio, hasta entonces muy celoso de las actividades que no organizaban los jesuitas, reconoció a la asociación de padres la existencia de una actividad propia, con autonomía económica y de dirección. Para ello las condiciones fueron elementales: un profesor del colegio debía estar al frente de ella y, como responsable del colegio y de la asociación, debía dar cuenta a ambas entidades de su funcionamiento, acorde con los valores que el colegio cultivaba durante el curso ordinario. Establecidos estos principios, se tuvo

un cuidado exquisito en la elección de los monitores, eligiendo con preferencia a antiguos alumnos del colegio, y pasado el tiempo, requiriendo que éstos a su vez hubieran participado como alumnos de este curso. Puestos así los mimbres, con el doble apoyo del colegio y de la asociación, el curso siguió un camino exitoso que duró más de veinticinco años consiguiendo que se creara una pequeña comunidad, integrada y activa, dentro de la gran comunidad del colegio.

Con este recuerdo, trato de rescatar una experiencia de colaboración armoniosa entre la asociación de padres y el colegio en la que cada instancia supo mantener el protagonismo que le correspondía, aportando una experiencia positiva de las que crean en verdad comunidad educativa. Prueba de ello es, que con el paso del tiempo, se pueden observar los fuertes vínculos de cariño y reconocimiento no sólo entre los alumnos que protagonizaron esta actividad, sino también entre los

padres, los profesores y los jesuitas que la cuidamos. Vínculos que siguen manteniéndose hoy y que sólo quedan mermados cuando la muerte de alguno de los que participaron en ella nos separa temporalmente.

No sería justo si no reconociera en José María un mérito adicional al respecto, consiste éste en que finalizado su mandato, fue capaz de comprometer en esta actividad a sus sucesores en la presidencia de la asociación, asunto muy de valorar, cuando corren tiempos en los que la sucesión de un jerarca en cualquier institución lleva habitualmente consigo el abandono y la destrucción de los logros y creaciones de su predecesor, sin llegar a valorar si lo que se destruye es mejor o peor de lo que se promete.

Como decía en mi introducción, la segunda actividad que pretendo glosar fue hacia afuera de la comunidad educativa y de gran calado: se trata de la participación en las protestas organizadas contra el gobierno con el fin de mejorar la LODE. Comienzo diciendo que fue ésta una participación profundamente matizada: se trataba de incidir en la interpretación que los socialistas estaban convirtiendo en ley de uno de los temas que la Constitución en 1978 dejó sin resolver. Asunto éste que ha llegado hasta nuestros días y que mantiene dividida aún hoy a la sociedad. Se trata de algo tan básico como el de definir qué educación queremos para nuestros hijos. En aquel tiempo, a un gobierno de la UCD que había planteado una Ley de Centros bastante razonable, había sucedido otro del PSOE que, con la LODE entraba de forma muy invasiva en los centros concertados. Se jugaban en ella temas tales como el de la admisión de alumnos, los derechos de padres, profesores y titulares en Consejo escolar de Centro, la posibilidad de establecer un ideario, etc., etc.

El colegio, como todos los centros de Iglesia, si bien tenía clara la opción por la concertación con el fin de mantener la gratuidad de la enseñanza, no estaba dispuesto asumir determinadas cargas políticas que establecía la ley para los centros concertados. Entendía que en la redacción de los anteproyectos de ley que circulaban no quedaban claros determinados derechos como el de la capacidad de dirección del centro, la posibilidad de que los padres eligieran el centro para educar a sus hijos, el sistema de admisión de alumnos, entre otros. Era una cuestión de todos, y padres, profesores y jesuitas y coincidimos con una sola voz, no sólo en mesas de discusión sino en manifestaciones en la calle, tanto locales como nacionales, por cierto actividad ésta para la que muchos de nosotros no sólo no estábamos preparados sino que además nos provocaba una natural repugnancia. No hay duda de la capacidad de liderazgo y movilización que manifestó en aquellos momentos José María, sólo comparable a la falta de éxito cosechada en la tal empresa y que nos

persigue hasta el día de hoy. Por eso, cuando hoy, alguien que se considera con derecho miembro de esta comunidad (debido a las múltiples generaciones de familiares que han pasado por el centro) nos interpela quejándose de que no ha podido conseguir una plaza para un miembro de su familia, los que entonces participamos en tales actos nos limitamos a mirarnos entre nosotros y callamos.

Amigo José María, aunque sé que lo que hay de elogio en estos hechos que he recordado en mi intervención y que tu protagonizaste te incomoda, no me queda otra que dar testimonio de que así fue, me uno a la acción de gracias que te manifiesta esta comunidad y me felicito a mi mismo por haber compartido muchos de estos momentos contigo. En definitiva, te doy las gracias por haber admitido esta distinción y protagonizar este acto que, sin duda, te mereces.



ANTIGUO ALUMNO DISTINGUIDO Aceptación de la distinción

Finalizado el elogio, tomó la palabra el alumno distinguido que tras agradecer la distinción y el elogio, leyó algunos

párrafos entresacados de sus “Memorias de un alumno sexagenario” de las que, dada su extensión, nos limitamos a publicar una parte. (La versión completa en <http://www.aaacolsanjoseva.com/>).

(...) Gracias por la oportunidad que se me brinda para hacer de guía de mis amigos en esta zambullida, al interior de las tranquilas aguas de esa laguna, en

cuyo fondo se encuentra el paisaje tierno de nuestra infancia y juventud perdidas.

Cuando pienso en esto, tengo el sentimiento, que se transforma en convencimiento, de que mi personalidad, con sus defectos y sus virtudes (sobre los cimientos de la carga genética que heredé de mis padres), está fabricada con los materiales extraídos de esta rica cantera que es el Colegio San José. Lo que vino después es contenido echadizo, adventicio, secundario; de lo que se prescinde y se olvida con facilidad. Tengo el convencimiento de que lo que de verdad obra en mí y por mí, desde un inconsciente, a veces demasiado consciente, tiene su fuente en las vivencias experimentadas a lo largo de casi diez años, entre las paredes de esta gran casa.

Por eso quiero que esta charla sea un homenaje entrañable y agradecido a todas las personas, vivas y difuntas, que coincidieron conmigo en esa circunstancia espacio temporal: la década de los cincuenta de la centuria pasada y en este Colegio de San José de Valladolid. A todos los profesores, (jesuitas y seglares); a los criados y empleados, que aquí trabajaron para hacernos la vida más confortable; y a todos los compañeros de curso y coetáneos con los que compartí espacios y vivencias en este sin duda mi "Paraíso Perdido". Un grupo muy variado de personas con las que compartí la misma fe y me proyecté en la misma esperanza. Gracias a todos ellos.

Voy a dedicar mi charla, como no podía ser de otra forma, a esa década (los años cincuenta del siglo pasado), que, estoy convencido, representa objetivamente una Edad de Oro en la historia del Colegio. Desde luego, es la trascendental para mí. Es mi vida de colegial.

Podía hablar de otras épocas del Colegio, pues con orgullo puedo decir que mi ligazón a la vida del colegio no se reduce a esa década entrañable. A mi regreso de Bilbao, donde permanecí casi diez años, procuré y conseguí que mi hijo Fran estudiara y se formara en "mi colegio", y a su través me cupo el honor de suceder a Fernando Pérez en la presidencia de la A.P.A y así permanecer directamente implicado en los avatares de esta casa. Claro está que era un colegio distinto. Un colegio desprotegido; a la intemperie, sin la protección oficial que tenía el primer colegio que yo viví. Un colegio que bajo la ponderada dirección del P. Ismael García, escrutaba y se debatía en la planificación de su futuro. Eran tiempos de ilusión y de esperanza, en los que la "comunidad educativa" (ahora se hablaba en estos

términos) se batía con firmeza en la batalla por defender lo que se conocía con la novedosa, mimética, eufemística y defensiva expresión de "carácter propio del centro".

Me gustaría aprovechar la ocasión para proponer una mesa redonda; una academia, como en mis tiempos se decía, que abordase comparativamente estas dos épocas del Colegio. De seguro sería, además de interesante, esclarecedora.

(...) Recordáis conmigo aquella plegaria tantas veces rezada, desde la más absoluta humildad, pidiendo mercedes, que dirigida a la Virgen del Colegio decía: *"Acordaos, ¡oh! piadosísima Virgen María que jamás se ha oído decir... Animado con esta confianza a vos también acudo... y, aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados... No desechéis mis súplicas, antes bien escuchadlas y acogedlas benignamente. Amén"*. Con ella, como cuando me enfrentaba a un examen o cualquier otra dificultad en el colegio, quiero dar comienzo a esta charla. Espero que os satisfaga. Me gustaría estar más brillante y luminoso que nunca, para traer esta tarde, a esta sala, no sólo datos y anécdotas; sino un clima, un ambiente, una atmósfera, que las transformen en experiencias compartidas con muchos de vosotros, y regresar a un tiempo de ilusión y de esperanza; el tiempo de la salida, cuando comenzábamos el camino.

Y es que cuando pensaba estos días, preparando estos recuerdos de mi paso por el colegio, desde mi perspectiva sexagenaria, varios recuerdos se elevan sobre el mar de fondo de todo lo demás: el orden riguroso con que funcionaba aquella disciplinada maquinaria y la seguridad y la extraordinaria belleza que emanaban de aquel orden tan riguroso. Y se manifestaban en todo: en las grandes solemnidades del salón de actos; en el teatro Calderón; en las manifestaciones deportivas; en todo, absolutamente en todo. Era un orden metodológico, que perseguía la excelencia. Y todo ello sometido a la primacía de la vida espiritual sobre la material. (*"De qué te sirve ganar todo el mundo si al final pierdes tu alma"*, que era la pregunta con que cada día nos interpelaba San Ignacio)...

La extraordinaria belleza de la liturgia de todos aquellos tan variados actos de adoración: la Misa, la sabatina, las novenas, las exposiciones de los domingo por la tarde... ¡Qué bonito! Parece que le estoy viendo, al señor Ortega, revestido con aquella sotana negra, cubierta por una capa verde y con el cingulo del mismo color; y aquellas bocamangas y gorguera, entonando con su poderosa voz de

barítono, por delante de las dos filas de la selecta escolanía, cualquiera de las canciones del nutrido repertorio religioso. Como aquella canción dedicada a la alabanza de la Virgen, como quien besa a su madre, que escuchábamos cantar desde el coro, que contribuía de manera magistral a la sublime solemnidad de los actos litúrgicos, y que decía: *"Estrella de los mares, cuyos reflejos en mis ojos de niño resplandecieron...Te acuerdas madre, a tus pies cuantas veces recé la Salve..."*. O aquella tan bella que decía: *"Cerca de ti Señor quiero morar..."* Y seguía el órgano con sus conmovedores acordes. Y detrás de la escolanía la cohorte de acólitos, portando los atributos de su dignidad, precedidos todos ellos por aquel, que, muy convencido de su relevante labor, balanceaba el incensario y nos embriagaba con las vedijas de sus efluvios...Y detrás de todos, como corresponde a la liturgia de la Iglesia, los sacerdotes, en actitud contrita con las manos juntas, también revestidos de casulla o capa pluvial. En pocos momentos se llenaba el altar, donde evolucionaban con el máximo rigor litúrgico una multitud de personas: el sacerdote, los acólitos con sus sotanas y roquetes; el trío representante de la Congregación Mariana, con sus medallas y su bandera; bandera que presentaban y humillaban en el momento de la Consagración; y un maestro de ceremonias que revestido de roquete asistía al sacerdote y orientaba la liturgia.... A mayores, una colección de niños formados, vestidos con sus disfraces de Cruzados de Cristo Rey, con su espada y su escudo, formados marcialmente, emocionados, soñando aventuras, como "guerreros del antifaz", por la causa de Cristo.

***Ella, la Virgen del Colegio
humanizaba para alivio de todos
nosotros, los misterios tremendos de
la religión.***

Me invade el temor, vivido desde la distancia, de que, aunque allí todo se hacía a la Mayor Gloria de Dios; el Padre Dios era una realidad presente, pero bastante distante, a quien se vivía con temor (santo temor de Dios, como entonces se decía, empleando una preposición que al parecer, sin que yo pudiera en aquel tiempo comprenderlo, cambiaba por completo el sentido no deseado, de temor a Dios). Una presencia severa, que se expresaba como el Dios "Premiador de buenos y castigador de malos", que aparece tétricamente descrito en el *Dies irae*: *"Res tremendae magestatis qui salvando salvos gratis, salvame fons pietatis"*.

Para aliviar aquella terrible distancia con el Dios Padre, en nuestro Colegio se recurría a la Virgen. El ser más cercano de todos los habitantes del cielo era la Virgen; encarnación de la verdad de la belleza y de la bondad humanizadas, que al parecer, a nivel supremo, en la teología, eran los atributos de Dios. Y opino que el culto que le tributábamos en aquel entonces estaba muy cerca de ser pecado. Sometía a tensión las afirmaciones del Padre Cobaleda, encargado de explicarnos y exigirnos de manera rigurosa la asignatura de Religión, en tercero de bachiller, cuyo contenido versaba sobre Historia de la Iglesia y su Liturgia, cuando decía que había tres clase de culto: el de *latría* que se tributaba exclusivamente a Dios; el de *dulía*, que era el propio de los Santos, y el de *hiperdulía*, que se tributaba a la Virgen. Pues bien, tengo para mí que aquí en nuestro Colegio tributábamos tal culto a la madre de Dios, a la medianera; a quien hacía posible, esperanzador y llevadero el camino estrecho, que nos conducía a su Hijo y al Padre, nuestro destino final, que creo era una *hiperdulía* muy cerca de la *latría*. Éramos mariólatras. Como que la verdad psicológica, que hace más satisfactorio el camino que la meta, se hiciera verdad en la Virgen. La Virgen era la sublimación de todas las virtudes de la mujer madre: la máxima belleza, la máxima bondad y la máxima verdad, en el orden humano, se encarnaban en la Virgen... Y más que en ninguna otra, en la Virgen del Colegio; sin lugar a dudas la "mejor". Ella, la Virgen del Colegio humanizaba para alivio de todos nosotros, los misterios tremendos de la religión.

Porque no se comprende la historia de Valladolid sin el colegio San José, ni a la inversa, la historia del Colegio desgajada de su implantación vallisoletana, es necesario que hagamos unas sucintas consideraciones del Valladolid en que asentaba el solar que alberga a nuestro Colegio.

Estamos hablando de un Valladolid muy especial, que en nada se parece al presente. Un Valladolid recién salido de la Guerra Civil, (en el marasmo dubitativo de hacia dónde caminar). Un Valladolid militar (academia de Caballería), universitario (muchas pensiones para un distrito muy amplio); agrícola (todavía se veían carros por las calles; 60 por ciento de la población activa se centraba en la Agricultura); y ferroviario (el contingente obrero más enajenado, más conflictivo y presente, lo aportaba la RENFE, con un barrio: el de las Delicias, prácticamente habitado por sus obreros y empleados).



(...) A la Plaza de Santa Cruz de aquel Valladolid que, por aquel entrañable entonces se llamaba Plaza del Museo, en uno de los tres primeros días de octubre de 1952, llegó quien les habla de la mano de su padre, a la sazón médico titular de La Zarza, en la Tierra de Pinares vallisoletana. La plaza de Santa Cruz, era una especie de corralón entrañable flanqueado en tres de sus cuatro lados por sendos colegios: al norte el Colegio de las Carmelitas de la entonces Beata Joaquina de Vedruna, al este el colegio mayor Santa Cruz, de donde le venía el nombre a la plaza y al sur, el nuestro, el Colegio San José. El lado Oeste era, pudiéramos decir el lado civil de la plaza; estaba ocupado por casas de vecindad en las que vivían personalidades como (...) completaban el escenario, en el que vivían su décimo tercer Año de Paz una serie de vecinos, que aspiraban a defender honestamente un modesto pasar, y conseguir para los suyos un futuro mejor en el que resarcirse de tantas dificultades, sufridas siempre de puertas a dentro. "Situarles en la vida"; como por entonces se decía. "¡Fulano está bien situado!", es una expresión que hoy ha entrado en desuso.

(...) El Colegio al que yo llegué en aquel octubre de 1952 era un oasis dentro del ambiente de general pobreza material propio de una posguerra. El colegio lo componían alumnos de clase media alta y clase alta. Procedían de la alta burguesía comercial, industrial y terrateniente de toda la región, y de todo el norte de España. Y en aquel caserón, aún sin querer, se respiraba una atmósfera propia de triunfadores. Se vivía con convencimiento, la satisfacción del triunfo de la razón sobre la sinrazón; el triunfo de las fuerzas del bien sobre las fuerzas del mal. Estábamos en plena etapa de satisfacción de agravios. La compañía había sido expulsada de España, el Colegio San José incautado, y vivido el destierro de Curía, en Portugal. Se respiraba, pues, la satisfacción y el agradecimiento de la restitución y la vuelta a la normalidad. Esto era así, y no podía ser de otra forma. Y tan malo es ocultar aquello, y avergonzarse de su realidad, como pretender vivirlo en el ahora; y mucho peor todavía hacer extrapolaciones espurias de tiempo y época, desde las cuales pretender ajustar cuentas. Las cosas eran

así, no podían ser de otra forma. Nada de aquello es extrapolable al presente; pero tuvo su justificación, su lógica y su razón de ser.

(...) Era un colegio de chicos. Todavía no se había inventado la coeducación. Un colegio de chicos en una época en la que, no digo que se fomentara el machismo, porque esos son conceptos modernos en los que por aquel entonces ni se pensaba. Era una sociedad muy establecida, rígidamente ordenada, en la que todo el mundo tenía su papel determinado, del que había que rendir cuentas. Hombres, mujeres, niños y viejos, tenían su sitio específico. Todo estaba jerarquizado, y la sociedad en su conjunto era el fiel reflejo de su célula elemental. Aquellas familias trigeracionales, en cuyos hogares convivían tres generaciones con papeles perfectamente definidos. No se fomentaba el machismo, como digo, pero sí la virilidad. No había insulto mayor para un chico de nuestra época que el que se le motejara de “nena” o “nenaza”. Y se practicaba con ostentación y general beneplácito, una cierta bruticie, y un cierto nivel de lo que pudiéramos llamar feísmo. Aún se escuchaba el refrán que decía “el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso. Y se practicaba la austeridad y el ascetismo como virtudes enaltecidas, hasta llegar a un cierto cruel espartanismo. Había que castigar al cuerpo, dominarle y someterle. Era preferible ducharse con agua fría, por ejemplo; y el “eso curte”, “los hombres no lloran”, “los hombres no se quejan”, eran expresiones que se escuchaban con frecuencia en nuestro ambiente. En el colegio, en aquella época teníamos terminante-mente prohibida la expresión hoy tan frecuente del “no hay derecho”. Este espíritu espartano corría de boca en boca como un claro mecanismo de intercontrol. ¡Qué extraño todo si lo comparamos con el hedonismo actual! Lo cierto es que resultaba relativamente fácil cumplir con estos preceptos; y tal vez de la escasez general, sin darnos cuenta, hiciéramos virtud.

En lo que se refiere a la higiene el agua y el jabón se escatimaban con verdadera tacañería. Se ha dicho, en relación con aquella época, que el agua y el jabón generosamente utilizados, con una buena alimentación hicieron más por la salud y la longevidad de los españoles que todos los espectaculares avances de la medicina moderna. Los más limpios se bañaban o duchaban una vez por semana. No hay que mentar el olor que había en aquellas aulas y estudios, repletas de alumnos, bien sudados, después del recreo, y con sudor y polvo acumulados en sus cuerpos y en sus ropas. Pero, como el organismo natural es sabio y se defiende contra las agresiones que le vienen de fuera, en

aquellas circunstancias debió de elaborar un mecanismo de defensa, que consistía en un embotamiento casi anestésico de las pituitarias; porque la verdad es que no recuerdo un especial mal olor. Nuestras mucosas estaban acostumbradas. Pero, creo que si por arte de birlibirloque, en este momento, aquí y ahora, cualquiera de nosotros, pudiera regresar al interior de una de aquellas clases de la época de nuestra añoranza, moriría fulminado bajo los efectos de un choque olfativo.

Era un colegio que tenía mucho de cuartel y mucho de seminario. Lo habitaban en torno a 1.000 alumnos, con un potente internado, que condicionaba la vida del colegio. Un colegio permanentemente vivo, que nunca cerraba sus puertas. Aproximadamente la mitad del alumnado eran internos y, la otra mitad externos o medio-pensionistas. Los alumnos internos, componían el grupo numeroso que confería la identidad y el carácter al colegio. Vivían, salvo el periodo vacacional en la gran casona, y muchos de ellos añadían al ambiente, sobre el carácter vascófilo, proveniente del origen del fundador de la Compañía, las voces de sus apellidos vascos.

Lo importante, más que las notas, era el puesto obtenido. Y lo primero que se preguntaba era: “¿Qué puesto has sacado?”. Vivíamos siempre en reto y en lucha, al mismo tiempo, para ganar puestos o mantenerse en las alturas de los que se ganaban.

(...) La compañía era una Institución consagrada en el campo de la enseñanza, cuyo prestigio venía socialmente avalado por casi quinientos años de experiencia dedicados a este menester. Casi quinientos años, haciendo lo mismo, aplicando el mismo método, en todos los rincones del mundo donde estaba establecida. La misma educación recibían los chicos irlandeses de nuestra edad, los del Puerto de Santa María, los de Tudela,... etc. Y todos los alumnos salían a la calle o llegaban a la Universidad, marcados por el mismo indeleble sello; la huella de aquel método de universal implantación. El mismo trato, la misma educación, recibió Joyce en Dublín, que Alberti en el Puerto, que un coetáneo suyo cualquiera en el colegio San José de Valladolid. Las mismas noticias, las mismas formas, los mismos modos, los mismos hábitos, se recogen y se respiran en los testimonios escritos de los distintos autores, antiguos alumnos de la Compañía. En el “Retrato del

Artista Adolescente” (que os recomiendo, a los que no lo hayáis leído) el autor del Ulises, el irlandés, Joyce, hace una descripción minuciosa de su paso por el colegio de los jesuitas en Dublín, que en nada se diferenciaría de la que pudiera hacer, salvando las distancias literarias, claro está, un alumno cualquiera del Colegio San José de Valladolid, de la época a la que yo esta tarde me refiero.

(...) La actividad escolar comenzaba a las siete y cuarto de la mañana con la Santa Misa; y claro, como entonces no se podía comulgar sin haber cumplido con el precepto del ayuno, “desde las doce de la noche antecedente”, el desayuno venía después. Era entonces cuando comenzaba la jornada de estudio propiamente dicha, con tiempos perfectamente establecidos, en los que alternaban sucesivamente: estudio (media hora), clase (tres cuartos de hora) y recreo (veinte minutos).

Los externos salían a comer a la una y cuarto y volvían al colegio a las tres y cuarto para comenzar la sesión de tarde, que concluía a las siete y media tras el rezo del Santo Rosario; la última actividad de una intensa jornada. Los alumnos más pequeños, en especial los que vivían más alejados del colegio contaban con la posibilidad, única en su época, de utilizar el autocar del colegio; un Chébrolet que conducía y conservaba con primor un personaje a quien todo el mundo, en aquellos tiempos en que se imponía como norma de trato el “tuteo falangista”, le llamaba respetuosa-mente don José María. Fijaos en la importancia que, en aquellos tiempos de un incipiente automovilismo, tenía el conocer los entresijos de un artefacto capaz de mover aquella enorme mole y trasladarla a largas distancias. Don José María era el depositario de un don, no era un cualquiera, no era un conductor; era un Chofeur (no había llegado el furor del “Cuatro cuatro” y el “seiscientos” que todo lo transformaría).

Así todos los días del curso. Mas para romper el ritmo y la monotonía de una semana tan larga, el método disponía la necesidad de dos días de vacación, como por entonces se decía (“¡Esta tarde hay vacación!”). Los miércoles por la tarde vacaban los alumnos que se colocaban bajo la protección de San Estanislao de Kostka (los cursos preparatorios, ingreso, primero, segundo, tercero, y cuarto). Los jueves por la tarde lo hacían los de quinto, sexto y preuniversitario. Pero el estar de vacación, la tarde del miércoles o jueves, no significaba otra cosa que el que no había clase, pues la actividad deportiva y recreativa continuaba en los

patios y en las salas de juego; y el colegio que bullía como una olla a presión.



El plan de estudios se componía de cuatro cursos de bachillerato elemental, con una reválida, con tribunales mixtos, que tenía lugar en el Instituto Zorrilla al finalizar el cuarto curso. Y dos cursos, quinto y sexto de bachillerato superior, con revalida, del mismo tipo, al finalizar el sexto. Completaba el plan un curso preuniversitario, que se había inaugurado con la promoción anterior a la nuestra (1951), cuyos exámenes se realizaban en la Universidad.

Las disciplinas, que ocupaban y controlaban nuestra actividad escolar, se dividían en dos categorías Generales y Específicas. Se consideraban generales: piedad, conducta, aplicación y urbanidad. Se las llamaba así, porque compendaban la vida completa del estudiante y por supuesto eran las más importantes; pues se suponía que estaban en la base de todo lo demás. Como específicas contaban las matemáticas, la gramática, la geografía la historia, la biología, la religión, las lenguas clásicas (el latín y el griego); con un gran peso específico para el latín, que hoy consideraríamos desmesurado; pero llevado con tal rigor por nuestros profesores que el Colegio destacaba en dichas lenguas, y el latín venía a aliviar

cualquier deficiencia, elevando las notas medias de sus alumnos en los exámenes oficiales fuera del colegio.

(..) Es decir, perseguíamos la excelencia a través del trabajo y del esfuerzo constante y sostenido. Y, como es natural, entre los estudiantes los había muy inteligentes, menos inteligentes y, algunos, muy torpes. Pero el mérito, que al final se premiaba, como excelencia, venía a ser la suma integrada de la inteligencia y el esfuerzo. Todos podemos recordar el caso de amigos nuestros muy inteligentes, que estudiaban muy poco (estos eran el ojito derecho de las iras del padre Prefecto en las lecturas de notas); y el de otros que, estando peor dotados intelectualmente, con mucho trabajo y esfuerzo conseguían mejores resultados que los primeros.

***Todo lo bueno y lo malo del mes era
hecho público por el padre prefecto
en un acto que tenía un poder
disciplinar de primera magnitud: la
lectura de notas.***

¿Por qué medios prácticos se conseguía todo esto? Pues, por medio de lo que la tradición jesuítica llama “método de la emulación”, que consiste en tomarse los asuntos de la vida como un reto y una competición. Se establecen modelos a emular y toda nuestra conducta ha de consistir en la conquista de objetivos y alcanzar metas, que nos igualen o al menos nos aproximen al modelo de nuestra emulación. Y en esta pugna, en aquel tiempo, todo era público; y en público se era aplaudido o criticado; a veces, incluso, de forma un tanto cruel. Vivíamos sometidos a un intenso intercontrol. Nos mirábamos los unos en los otros; en permanente contrastación.

Las notas que cada uno de nosotros obtenía y que, como he dicho más arriba, eran hechas públicas, mensualmente, por el P. Prefecto, otorgaban a cada alumno un puesto en la clase; desde el primero hasta el último; hasta los treinta y cinco o cuarenta alumnos, que componían cada sección. Lo importante, más que las notas, era el puesto obtenido, que venía a ser la forma relativa de valoración en el conjunto. Y lo primero que se preguntaba era: “¿Qué puesto has sacado?”. Vivíamos siempre en reto y en lucha, al mismo tiempo; para ganar puestos o mantenerse en las alturas de los que se ganaban.

El curso, por este procedimiento, automáticamente quedaba intelectualmente jerarquizado. Claro que, la psicología de los grupos tiene sus propios mecanismos de defensa. Y los primeros en la clase solían ser tildados de “empollones”; un mote con un cierto matiz peyorativo, en el que confluían, mezclándose en distintas proporciones envidia, impotencia y respeto. El calificativo empollón solía llevar implícito el reproche de “estudiando, cualquiera”. “Así cualquiera”. “Eso no tiene mérito”. Por eso, en aquel ambiente, el colmo de la perfección se expresaba en los alumnos que en la clase ocupaban el sector comprendido entre el 5 y el 15. Es decir alumnos con aceptables notas, pero a los que no les cabía el epíteto de empollón. Solían ser deportistas; y se interpretaban como más completos. Eran los preferidos por todos. Y en este orden, se situaba la perfección humana a la que debíamos aspirar, y a cuyos representantes debíamos emular.

Como vengo diciendo, todo consistía en trabajar duro y sin contemplaciones. Un libro de texto, que había que saberse con soltura al final del curso, y que el profesor seguía día a día, lección por lección. El profesor leía el libro y explicaba y, al día siguiente, al principio de la clase, preguntaba; el alumno salía a la pizarra y ante el resto de los alumnos, sus compañeros, expectantes y temerosos, era sometido al rigor de un examen sin paliativos. (...) Así se sucedían los días; pero cada quince, por sorpresa o anunciado, hacíamos un examen, que en el lenguaje jesuítico de la época se llamaba “composición”, y que nosotros reducíamos familiarmente a “compota”. “¡Mañana hay compota!”... Y todos a temblar. Era un examen cuyo contenido abarcaba la materia estudiada durante los quince días previos... De esta manera, con las calificaciones de las preguntas en clase, y la nota de las dos composiciones, el profesor hallaba la nota del mes...Y entonces venía lo bueno.

Todo lo bueno y lo malo del mes era hecho público por el padre prefecto en un acto que tenía un poder disciplinar de primera magnitud: la lectura de notas. Como si fuera ahora, estoy viendo al Padre Rivero, y más tarde al padre Requejo, en el acto de la lectura de notas; quizás uno de los momentos más temidos, más coercitivos de cuantos se vivían en aquel centro disciplinado. En el estudio; un aula de grandes dimensiones en la que coincidíamos todas las secciones de un mismo curso (a veces hasta cuatro) uno por uno, con una seriedad temible, éramos llevados al primer plano de la escena, convocados por nuestro nombre y apellidos; y puestos en pie, en actitud contrita, esperábamos el paso de aquella tormenta. El alumno, con temblor en las piernas, se

aprestaba a una especie de público juicio sumarísimo; como si fuera acusado y testigo a un mismo tiempo. Fulano de tal. Se ponía de pie, tembloroso. Toda la clase en silencio sepulcral. Inmóvil. Tras un momento de silencio, que se hacía una eternidad, el Prefecto comenzaba a leer las notas. “Generales: Todo 10”; les decía a los buenos. Ó “8...5...7...6”. Ya sabíamos que el 5 era conducta. Y todo lo que no se aproximara al 10 en las notas generales, estaba fuertemente penado, hasta llegar al término de ser motivo de expulsión... Y comenzaba la catarata de improperios. “No le da vergüenza... tus padres... eres un inmaduro, que estaría mejor con un cubo y una paleta jugando en la arena, que ocupando un sitio en este colegio”... Y concluía con la imposición de la pena. Si era interno, podía ser la requisa de los extraordinarios que, sobre la alimentación normal, algunos tenían por expreso deseo de sus padres; la requisa de la paga; castigo, el miércoles, el jueves o el domingo, a permanecer en el estudio... Y claro, carta de aviso a los padres.



(...) A completar el método jesuítico, venían los reconocimientos: Los Premios y las Dignidades. La Fiesta de entrega de Premios, era el último acto solemne del curso. En condiciones normales, tenía lugar en el Patio de las Columnas, lujosamente engalanado para la ocasión, en una calurosa, a veces tormentosa, tarde de mediados de junio. En el acto de entrega de premios, se combinaba la parte académica, con otra musical en la que, a modo de despedida actuaban en competición grupos musicales de los dos últimos cursos sexto y preuniversitario. En una de estas entregas de premios, recuerdo las actuación brillantes y conmovedora, de los alumnos de sexto, adiestrados por el P. Monforte, que, como tema de concurso, llevaban una canción coral que se titulaba “Nostalgia en Alta Mar” de Fredy y los Dominoes. Y la no menos brillante de los de “preu” dirigidos por el P. Coca, que

interpretaron, acompañados por su orquestina, la canción que llevaba por título: “Pancho López”. Se estaba iniciando el paso a la música moderna, y, en Liverpool se gestaba, sin que todavía tuviéramos noticia de ello, la revolución de los Beatles

Llamados por su educación a la grandeza, muchos de aquellos antiguos alumnos, viven sin resignación los retos de la vida del presente; una grandeza cada día más dificultada por la civilización actual, excesivamente pragmática.

El acto de Proclamación de Dignidades, salía del ámbito del colegio y se celebraba en el Teatro Calderón, al mediodía de la Fiesta de la Inmaculada. Se trataba de una ceremonia de la más alta solemnidad, y repercutía en la vida de la ciudad. Venía a ser la culminación de la vida académica y social del primer trimestre, cuyos méritos consagraba. El acto de proclamación de dignidades pretendía elegir a un grupo de alumnos y otorgarles el honor de ocupar unos cargos que, parcelando la actividad del curso en su vida diaria, atendían a su gobierno. Estos cargos y sus dignidades tenían nombres romanos. La dignidad más baja la ostentaba el “edil de filas”, que solía recaer, por aquello de que el órgano se debe a la función, en un buen chico, claro está, pero que debía tener el defecto de ser de los más bajitos del curso. Siempre la estética jugó un papel fundamental en nuestra vida de colegiales. Los ediles de filas tenían por misión conducir las filas en las que se desplazaban ordenadamente el curso en su conjunto, cuando por los largos tránsitos del colegio aquel cambiaba de actividad. Todo se hacía en rigurosas y ordenadas filas. El tumulto y el tropel estaban proscritos... En orden ascendente, les seguían los “ediles de juego”, que como su nombre indica eran los encargados de mantener el material de juego en perfecto estado de uso. A estos les seguían los “ediles de clase y estudio” que se encargaban del mantenimiento del orden en la clase; asistían al profesor en el aula, e incluso hacían el oficio de bedel y le anunciaban la hora. En orden de superioridad les seguían los dos “prefectos de piedad”, encargados de dirigir los rezos colectivos; ellos aportaban la nota de seriedad y venían a expresar, en el curso, lo que hoy pudiéramos llamar el “carácter propio del centro”. La máxima jerarquía la ocupaba el Brigadier. Los Prefectos de piedad con el Brigadier y los padres “inspectores” formaban el “Consejo del Curso”.

Los Inspectores; los “Maestrillos”, eran dos jesuitas jóvenes (no habían cantado misa) bajo cuya tutela y responsabilidad, transcurría la vida de cada curso. A la cabeza de todas las dignidades estaba el Príncipe del Colegio, que era proclamado en una especie de apoteosis final de aquel solemnísimos actos del teatro Calderón. El Príncipe del Colegio era la más alta representación estudiantil. Forzosamente tenía que ser un alumno del último curso y su nombre trascendía del ámbito del colegio y llegaba a la ciudad. En el colegio gozaba de enorme prestigio, y, casi siempre, era el primero del selecto grupo de alumnos que, cada año, elegía como opción vital el ingreso en la Compañía.

Visto el asunto desde la perspectiva presente, podemos decir que en aquel colegio se pretendía una educación integral; al estilo renacentista; se buscaba formar hombres completos; hombres muy actos para el diletantismo característico de aquellos tiempos; pero que tendrían graves dificultades para afrontar los retos de la vida actual. Este tipo de vida en que nos debatimos hoy y que en aquellos tiempos ni se soñaba. Esta nueva realidad, fuertemente especializada, que exige de las personas el saber “casi todo de casi nada”, para transformarse en hormiguitas cooperativas. Los prototipos humanos de corte jesuítico que se formaban en nuestros tiempos, traídos a la actualidad estaría en los antípodas; condenados a “saber de casi todo, casi nada”; lo que, desde luego produciría, como de hecho produce, en aquellas personalidades ancladas en el pasado, tremenda insatisfacción. La educación jesuítica antigua, vivida en la actualidad, encarnada en muchos de nosotros, que al mismo tiempo hemos visto pasar ante nuestros ojos el velocísimo tren del progreso, con frecuencia produce seres orgullosos, que no se resignan a aceptar lo que consideran pobreza moral e intelectual, porque siguen aspirando, como les enseñaron, al saber en su globalidad; y viven en un sin vivir, sin querer “tirar la toalla”, en un doloroso y particular “quiero y no puedo”... Llamados por su educación a la grandeza, muchos de aquellos antiguos alumnos, viven sin resignación los retos de la vida del presente; una grandeza cada día más dificultada por la civilización actual, excesivamente pragmática. Viven como los nobles de título nobiliario; sin sitio ni justificación; insatisfechos sin redención. Y todo en un mundo que, desde nuestro orgullo consustancial, despreciamos como ajeno y extraño...

Dentro del orden que, como digo, propugnaba la formación integral de la persona, en nuestro colegio

se le prestaba una especial atención a la práctica deportiva. Se creía ciertamente en la verdad de la máxima de Juvenal, que afirma que la mente sana sólo puede anidar en un cuerpo sano.

(...) En las instalaciones del campo de la Merced; que todos conocíamos como los *campos de intendencia*, y que hacía muy pocos años, se habían inaugurado, había una magnífica piscina; un lujo para la época, destinada al uso y disfrute de colegiales y profesores. La temporada de baños se iniciaba a primeros de mayo y los tiempos de utilización, a lo largo del día, se distribuían por cursos con intervalos de 45 minutos. La ida y vuelta a la piscina era un jolgorio difícilmente controlable, a pesar de la severa vigilancia de los maestrillos, que en todo momento velaban por la honestidad y las buenas costumbres de los bañistas. Recuerdo que era obligatorio el uso de un traje de baño homologado, tipo meymba; y, para garantizar la observancia de este precepto y evitar discusiones, el colegio nos proporcionó, a módico precio, a todos los colegiales, un meymba rojo, que a partir de aquel momento, con una camiseta blanca sin mangas, pasó a ser, también, atuendo obligatorio en las prácticas de deportivas. No valían otros bañadores de suyo más obscenos.

***Para aliviar los rigores del camino,
procurando la recta formación
espiritual de los alumnos, la
Compañía disponía la presencia
siempre activa de dos padres
espirituales.***

(...) A partir de quinto curso, en el segundo o en el tercer trimestre, recibíamos Ejercicios Espirituales. Era una semana dedicada, en recogimiento absoluto, a ponernos, según el método ignaciano, en contacto con nuestras postrimerías. Muerte, juicio, infierno y gloria. Un jesuita especializado, venido de fuera ex profeso para este cometido, nos ponía en contacto, a través de sus pláticas, con dichas realidades, haciéndonos ver el auténtico negocio, el que de verdad era importante: la salvación del alma: “*de que te sirve ganar todo el mundo si al final pierdes tu alma*”. Y tenían lugar en la casa de Ejercicios, que la Compañía disponía en los aledaños del Colegio de Cristo Rey. Recuerdo que los alumnos de preuniversitario los celebrábamos en la casa de ejercicios de Villagarcía, y allí era precisamente, donde terminaban de definirse las vocaciones en ciernes del

grupo de alumnos, que cada año ingresaba en la Compañía.

A lo largo del curso se celebraban, con gran fervor y animación, otras varias prácticas de piedad. Al comienzo, en octubre, recién llegados de los tres meses de vacaciones de verano, la Iglesia celebraba el Domun, y en dicha celebración se exaltaba el espíritu misionero inherente a la Compañía; con tal motivo tenían lugar encontradas competiciones, individuales y colectivas, por ver quién era, el colegial o el grupo, que más dinero recaudaba. Todo el colegio se echaba a la calle, a postular, con aquellas cabezas-hucha, que representaban las razas objeto de misión.

Poco más tarde, venía la novena del Santo misionero San Francisco Javier. Después la novena de la Inmaculada. Luego los siete domingos a San José. Todos los meses, los primeros viernes de mes. Y sobre todo, el mes de mayo: el mes de las flores; el mes de María. Con tal motivo, cada clase preparaba su altar dentro del aula, y los alumnos pugnábamos por ver quien le tenía mejor adornado. Todos los días del mes de mayo, se rezaban las Flores y se nos repartían unas hojitas, preparadas a imprenta: “las Flores a María”, en las que aparecían escritas dos expresiones, con sendos espacios en blanco: “Madre mía, te ofrezco”, “Y te pido”... En los espacios en blanco, cada alumno, en secreto, escribía su sacrificio, ofrecido a la Virgen, y la petición de alguna gracia. Estas flores, eran recogidas en una bandeja por el prefecto de piedad y puestas a los pies de la Virgen para, más tarde, ser incineradas. Los sábados de mayo, al finalizar el día, la sabatina comportaba procesión; los cursos, perfectamente formados, salían en procesión por los patios, portando las andas de su propia Virgen.

El domingo era el día de fiesta, fiesta. El único día festivo, por completo, de la semana; nada de semanas inglesas. Era día de duchas; y la ducha era el primer acto de la mañana para los internos. Después, internos y externos, vestidos de riguroso uniforme, asistíamos obligatoriamente a oír misa. Luego venía el desayuno; un desayuno un poco especial, que solían incorporar algún extra, casi siempre, media docena de churros, traídos de la churrería aledaña del señor Esgueva. El resto de la mañana se dedicaba a las competiciones deportivas. Era el día de las competiciones oficiales, y los patios del Colegio se reservaban para los equipos, que le representaban. Era el momento de los grandes partidos, de la exhibición técnica y del amor a los colores. Una multitud de alumno, de acuerdo con sus preferencias, seguía con interés inusitado los lances de los

encuentros... Y el momento en que los más pequeños elaboraban en sus cabecitas los mitos deportivos, cuya emulación después perseguían.

(...) La tarde era más tranquila, la actividad se centraba en los juegos generales en los patios y en las salas de juegos...Y todo con esa tristeza que acompaña al ánimo de muchas personas en las tardes de domingo. A la espera del alivio que, para los que por decisión de sus padres eran socios del Real Valladolid, suponía el ir en el autocar del colegio, a sufrir y a disfrutar con las derrotas y los triunfos del único equipo profesional, que por entonces representaba a nuestra ciudad, cuyo presidente era un egregio falangista llamado Ramón Pradera... Y culminaba con el gran momento del cine del momento del cine para ver la película del domingo, previamente publicitada en una de las vitrinas del tránsito principal, cerca de la administración, por medio de una serie de fotogramas ilustrativos, cargados de misterio. Esta tarde: “Pánico en las calles”, o esta tarde “Operación Cicerón”... Pero siempre, antes de ir al cine, había acto eucarístico, en la Capilla: Exposición del Santísimo. Todavía siento los ecos del órgano, los cánticos de la escolanía, la extraordinaria luminosidad de la capilla y el olor embriagador del incienso... “¡Bendito sea Dios, bendito sea su santo nombre, bendito sea su sacratísimo Corazón (...)!”.

***El espiritual de los cursos superiores,
era el consiliario de la Congregación
Mariana, la más respetable y
prestigiosa organización de cuantas
había en el colegio.***

***El mayor timbre de gloria para un
alumno de los cursos superiores era
el de ser propuesto y admitido en la
Congregación Mariana.***

En aquellos años, dorados de la historia del colegio; años de espectacular mejora material, que venía a reparar el tremendo deterioro sufrido en los años de incautación republicana, se instaló un moderno sistema de megafonía, que vino a representar un verdadero sistema nervioso, que servía a la vida de relación intracolegial. Se instalaron altavoces, con tal profusión por todo el colegio, que no había una sola zona sorda ni en clases ni patios. Desde aquel momento todo se gobernaba desde una sala situada a la salida hacia el patio grande en el rincón de la campana. Allí estaba instalada la emisora. Y los

alumnos del último curso, dirigidos por el señor Mambrilla, hacían sus pinitos radiofónicos. Jugaban a ser Bobi de Glané. Hacían lecturas, concursos, y llevaban a gente curiosa a contar historias, a contar chistes o a cantar.

(...) Para aliviar los rigores del camino, procurando la recta formación espiritual de los alumnos, la Compañía disponía la presencia siempre activa de dos padres espirituales. Uno estaba especializado en los problemas de conciencia de los chicos de los cursos inferiores; hasta cuarto de Bachillerato; era el P. Elías López Varona; íntimo amigo de quien les habla: el me casó y bautizó a mis hijos. El P. Elías forma parte de mi intimidad más tierna. En estos momentos, vive, enfermo, su larga edad, en el retiro de Villagarcía. Desde aquí hago votos y pido a Dios la paz para su espíritu, en esta dura prueba. El Padre Elías, en aquel lejano entonces, era un jesuita, muy dinámico, jovial, simpático, de poco más de treinta años.

(...) El espiritual de los cursos superiores, era el consiliario de la Congregación Mariana; la más respetable y prestigiosa organización de cuantas había en el colegio. El mayor timbre de gloria para un alumno de los cursos superiores era el de ser propuesto y admitido en la Congregación Mariana. Era un “club” selecto que, como sucede en los clubes sociales más serios, exigía de sus aspirantes el reconocimiento público de los más altos atributos de excelencia. De ella salía, por ejemplo, el Príncipe del Colegio, y el grupo de alumnos que al finalizar la vida colegial pedían incorporarse como novicios en la Compañía.

REPRESENTANTES DE LAS PROMOCIONES

Finalizada la intervención del recién investido como Antiguo Alumno de Honor, llegó el turno a las intervenciones de los representantes de las promociones a quienes fue dando la palabra el Secretario.

Bodas de oro promoción 1966 Intervención de José Luis Chacel

*La siguiente intervención estuvo a cargo de **José Luis Chacel** en representación de la promoción de las bodas de oro.*

Señoras, señores, amigos todos. Muy buenos días.

Mis felicitaciones al homenajeado José María Lara, con el que, por cierto, he compartido diversas vivencias a lo largo de nuestra existencia, felicitaciones a los que celebran los 25 y, por qué no, a los que estamos aquí celebrando que hace medio siglo que salimos de esta casa.

No pretendo demostrar que nuestra promoción -la que estos días celebra los cincuenta años-, sea la mejor de la historia del colegio, pero estad atentos y a lo mejor llegamos a un “entente cordiale”.

Nosotros nacimos en el año 1949, si bien, hubo alguno que adelantó su parto -un detalle sin importancia-. Obviamente, hoy -salvo algún caso singular que está intentando que le otorguen la medalla del trabajo-, estamos todos jubilados.

Nuestro grupo estuvo sometido durante once años al mismo plan educativo. Repito el mismo plan educativo. ¿Quién lo diría? Tres preparatorias, un ingreso, seis años de bachiller -con dos reválidas en cuarto y sexto- y un curso preuniversitario que finalizaba con las oportunas pruebas de acceso a la universidad. Un plan que se mantuvo vigente hasta bien entrados los años setenta.

Nacimos cuando Valladolid se afanaba en restañar las heridas de una absurda y cruel guerra civil, en un ambiente sórdido y provinciano donde predominaba la religiosidad, unas estrictas normas de comportamiento que se definían como “buenas maneras” y un unánime pacto de silencio sobre los horrores padecidos pocos años antes.

Fuimos arrullados por las melodías y noticias de las míticas EAJ-47 (Radio Valladolid) y aquella otra fuente informativa perteneciente a la cadena de emisoras del movimiento que se llamaba la Voz de Valladolid. Otro sonido recurrente, que se oía en toda la capital, era el de aquella sirena de la estación que a diario, anunciaba el inicio y final de la jornada de trabajo en los talleres. Ojeábamos el Norte de Castilla, por entonces ya centenario, y aquella singular Hoja del Lunes que, editada por la Asociación de la Prensa, permitía el habitual descanso semanal de los miembros de la redacción y de la rotativa del decano.

Jugábamos en la calle, sin peligro de ser atropellados, disfrutábamos de plazas y parques, como este de Santa Cruz, el del Poniente y en especial del Campo Grande,

con su pérgola, su gruta, su barca del Catarro, su auditorio, sus fuentes, su Teatro Pradera y aquel viejo

tren burra que atravesaba la ciudad, de punta a punta, con su trote cochineró.



Tuvimos una asignatura que se llamaba urbanidad y con ella, nos instruyeron en aseo y comportamiento. Nos instaban a circular por la derecha, si bien, siempre había que ceder la acera a las personas mayores, por supuesto: a correr a besar la mano de cualquier párroco que se cruzara en nuestro camino, incluso a arrodillarnos si portaba una custodia, un cáliz o el viático, divinos tratamientos paliativos que ayudaban a mantener las esperanzas de los desahuciados y enfermos.

Conocimos aquel Valladolid que, un día, se decidió a cruzar el río y, poco a poco, fue tendiendo puentes hasta aquella desangelada Huerta del Rey, puentes como: el del Cubo, del Poniente, de la División Azul, de García Morato, etc. Un intento de acercar sus orillas y a su vez, domesticar ese cauce que, año tras año, inundaba las Moreras, cuando no, se envalentonaba y se acercaba a lamer los jardines del Poniente. Ese parque céntrico y recoleto donde posaban sobre sus pedestales aquellos simpáticos muñecos denominados Pipo y Pipa.

Pateamos aquella ciudad amable, burguesa y provinciana, plagada de dependencias religiosas, militares y docentes. La industrialización se hacía

patente en Renfe, Nicas, Endasa y algunos talleres entre los que destacaba el de Miguel de Prado. Asistimos a la implantación de la FASA, al alumbramiento del simpático "Cuatro-cuatro" y su disputa comercial con el "catalán 600" y al consiguiente peligro que empezaba a representar aquel incremento del tráfico rodado.

Nos distraíamos con: los Juegos Reunidos Geyper, el Palé, las Finanzas, la baraja de las familias, las damas, el ajedrez, o bien, explotando petardos, encendiendo buscapíes, cambiando cromos, asistiendo al cine a las sesiones continuas, enderezando recortables y jugando: a pillar, al pañuelo, a alza la malla, a la tanga, a civiles y ladrones, a las chapas, a las canicas, al hínque, al marro, al burro y por supuesto al fútbol, al baloncesto, al balonmano, etc. Hablando de deporte en el colegio nos instruían en numerosas pruebas gimnásticas y atléticas: carreras de velocidad, medio fondo y fondo y de relevos, saltos y lanzamientos. Os recuerdo que bajo la batuta de Mova, aquel gran preparador físico italiano, el colegio quedó campeón de los juegos escolares a nivel nacional allá por los sesenta. Que no se me olvide... en las fiestas del colegio había vaquillas.

Contemplamos la paulatina desaparición de aquellos clásicos personajes, que pululaban por las calles o que nos visitaban de forma regular, año tras año, como los afiladores, los chatarreros laneros, los mieleros, los lañadores de barreñones y tinajas, los vareadores de lana. También sucumbieron con el paso de los años, otros vecinos genuinos y entrañables que presidían las estampas habituales en nuestras calles como eran: el aguador de la Fuente del Sol, la arenera, el piñero y aquellos serviciales serenos que velaban por el orden y el silencio nocturno.

Sin duda hemos sido testigos de la mayor revolución tecnológica y social que ha experimentado nuestra sociedad a lo largo de su existencia.

Vivimos la modernización progresiva en nuestras casas: el teléfono se instaló en una pared del pasillo, la televisión pasó a presidir el salón, el brasero se convirtió en objeto de decoración, la camilla quedó arrinconada, la carbonera se convirtió en trastero, mientras que la línea blanca de electrodomésticos fue expulsando a las pilas de lavar y a las bilbaínas de nuestras cocinas. El almirez fue derrotado por la batidora; el molinillo de café con manivela, por el eléctrico; la manga por el colador; la rodilla y la bayeta por la fregona; el estropajo y la piedra pómez por los detergentes y el Scotch Brite, el café de puchero por el expreso, el jabón lagarto por el jabón en polvo, - recuerdo que dentro de las cajas de OMO, venían reproducciones de animales en plástico- el elefante, el gorila, el león, el cocodrilo-. El plástico empezó a tener omnipresencia en nuestras vidas y rápidamente desplazó a una gran cantidad de materiales tradicionales. De plástico, era aquel bolígrafo Bic amarillo, que patrocinaba la vuelta a España y que marginó, al lapicero, al sacapuntas, a la pizarra, al borrador.

Las huertas perimetrales de nuestra ciudad se dejaron de regar y pasaron a proporcionar suelo para que se asentaran nuevos barrios residenciales. A los tradicionales de la Vitoria, Delicias, la Farola, la Pilarica, la Magdalena, Santa Clara, San Juan, San Andrés y la Rubia, se fueron sumando otros nuevos como Girón, España, San Pedro Regalado, Cuatro de Marzo, La Rondilla, Huerta del Rey, etc...

Sin duda hemos sido testigos de la mayor revolución tecnológica y social que ha experimentado nuestra sociedad a lo largo de su existencia. Hemos conocido y convivido con muchos profesionales que han

desaparecido para siempre, cientos y cientos de trabajadores que dominaban oficios, procedimientos, técnicas, prácticas y hábitos sociales implantados por generaciones muy anteriores a la nuestra. Como ejemplo los médicos de cabecera con su cartera y dentro de ella aquel extraño fonendoscopio, practicantes en bicicleta, - recuerdo que con la misma aguja, eso sí, desinfectada a la llama del alcohol, pinchaba a todos aquellos vecinos que estuvieran al día en el abono de la correspondiente iguala, cobradores de los distintos servicios domiciliarios, etc...

Hemos asistido al enterramiento de numerosos hábitos y costumbres que atestiguaban nuestro carácter y tradición. En el campo próximo, donde los que más y los que menos visitábamos con cierta frecuencia, conocimos a pregoneros; a recaudadores de fielatos; a miembros del somatén; a quienes todavía araban con mulas y el arado romano; a segadores que agavillaban haces de cereal con aquellas lías de esparto después de cortarlo a mano y con hoz; a labradores y hortelanos cosidos al azadón; a resineros, a cuadrillas de vendimiadores venidos de Andalucía, a las sufridas espigadoras, etc.

Cuestionarnos ahora nuestra educación sería absurdo y baladí, compararla nos llevaría a discusiones bizantinas, pero sí me atrevo a sugerir que con las enseñanzas que recibimos aquellos aprendices de hombre, conformamos un variopinto colectivo integrado por: Médicos de familia y de muy distintas especialidades, investigadores, inventores, arquitectos, ingenieros industriales y de caminos, físicos, químicos, licenciados en historia, licenciados en derecho, jueces, procuradores, abogados del estado, delegados del gobierno, directores generales de juntas autonómicas, diplomáticos, profesores de universidad y de otros estamentos docentes, militares de alta graduación, economistas, asesores, profesionales de banca, empresarios, directivos empresariales, agricultores, autónomos, directores de hotel, funcionarios, etc.

Atendiendo a la ideología contamos con jesuitas, miembros del Opus Dei, católicos fervientes, practicantes y menos practicantes, ateos, agnósticos, un imán islamista, militantes y algún que otro líder de fuerzas políticas de izquierdas, de centro y de derechas, sindicalistas, etc. Por su singularidad cito a algunos otros casos como: el inventor de la moderna placa de inducción, uno de los integrantes del grupo de 30 que en Valladolid circularon subidos en una Vespa, un entrenador de fútbol de primera división, un futbolista que militó en segunda división, un novillero, un pintor, un dibujante, un fabricante de recortables, varios escritores y, entre ellos, uno de libros de juegos de ingenio, cronistas deportivos y... un zascandil que se

siente muy satisfecho cuando ve que los que están a su alrededor disfrutan.

Me despido muy apenado, porque ahora le toca hablar al representante de una generación que tuvo la mala suerte de nacer 25 años después y eso, estaréis conmigo es una profunda desventaja.

No obstante, ánimo chaval que tú puedes.
Besos y abrazos para todos.

Bodas de plata promoción 1991 Intervención de José Manuel Tamayo

Tras la intervención, que fue muy aplaudida, llegó la ocasión al representante de la promoción de las bodas de plata, **José Manuel Tamayo** que se dirigió a los presentes de esta manera:



*Mis queridos compañeros
—y digo bien, mis queridos—
henos aquí reunidos
con propósitos sinceros
de sentirnos esta cita
estudiantes quinceañeros
del colegio jesuita.
Mucho tiempo ha transcurrido,*

*pero hasta aquí hemos venido:
Alopécicos o canos,
ellos hasta las narices
de dietas de fofisanos;
ellas de remedios vanos
para aliviar las varices.
Y todos el sobrepeso.
Pero nada importa de eso.
No nos separa un abismo*

*de ser uno lo que es,
que es ser uno siempre el mismo
veinticinco años después.
Pero hay quien aún no cree,
mal llevado por engaños,
que son veinticinco años
del Colegio San José.
Ya lo decía Gardel
con esa voz de doncel,*

fina y aterciopelada,
 en memorable compás:
 si veinte años no son nada,
 fíjate tú cinco más...
 Ahora yo bien lo sé,
 pero hay quien aún no cree
 que son veinticinco años
 de aquellos viejos amigos
 que nunca nos son extraños
 aunque de brevas a higos
 los veamos;
 de aquellos floridos ramos
 que son nuestra juventud,
 de los que hoy, con gratitud,
 juntos nos congratulamos
 y en estos versos ilustro;
 que ya cumplió el quinto lustro
 de los bancos del recreo,
 de la noble escalinata,
 vieja como un mausoleo;
 del patio con columnata,
 de este salón con encanto,
 de la tortilla en bocata
 del José Luis o El Ailanto.
 Recordar da para tanto...
 Del patio grande, además,
 con sus blancas porterías,
 sin redes nunca detrás,
 donde pares
 contra impares
 jugaban todos los días;
 del frontón,
 que molaba mogollón.
 Lugar tranquilo y discreto
 para contar un secreto,
 ir a pasar un ratillo
 o fumar un cigarrillo
 en un momento de asueto;
 la centenaria capilla,
 con la bella Inmaculada
 de sonrosada mejilla
 y protectora mirada
 ante la que comulgamos
 y otros muchos nos casamos.
 (Aleluya.
 Si mal, no fue culpa suya.)
 Las aulas de la niñez,
 y las de la adolescencia,
 donde todo era impaciencia,
 donde todo bisonéz.
 Las de letras, las de ciencia,
 las de mates o latín,
 las de química o historia;
 las que no tenían fin,
 las gratas a la memoria.

Las de Paula y Teodoro,
 las de Irene y las de Ibarra.
 En las que dar la tabarra
 y en las que hallar un tesoro.
 En las de filosofía
 divertía
 aquella tupida tropa
 de sofistas, pitagóricos,
 filósofos alegóricos
 de nadar y guardar ropa;
 las de Aniano,
 con las llaves en la mano,
 donde resultaba agónico
 —por más que dijera él—
 distinguir si el capitel
 era mozárabe o jónico.
 Y las de Emilio del Río,
 que me hizo entender que el arte
 no está dentro de lo mío,
 sino en cualquier otra parte.
 Y claro, las de Darío,
 que con esfuerzos titánicos
 quería hacernos hablar
 la lengua de los británicos.
 Caro le pudo costar.
 Atendiendo a la ideología
 contamos con jesuitas, miembros
 del Opus Dei, católicos fervientes,
 practicantes y menos practicantes,
 ateos, agnósticos, un imán
 islamista, militantes y algún que
 otro líder de fuerzas políticas de
 izquierdas, de centro y de
 derechas, sindicalistas, etc. Y las de
 lengua española,
 con Jesús o José Luis,
 que se estuvieron a un tris
 de darnoslas con pistola.
 La verdad, no veíamos práctico
 el análisis sintáctico.
 A otros recuerdo también,
 con un cariño profundo,
 pues dejaron ya este mundo.
 En gloria de Dios estén.
 A veces es como un sueño
 que bajara del desván
 e hiciera todo pequeño.
 En cuanto apago la luz,
 mis pensamientos se van
 a la Plaza de San Juan,
 al patio de Santa Cruz.
 Y en la dulce duermevela
 me paseo con agrado
 por las calles de Pucela
 hasta la de Maldonado.
 Sin demora,
 que es la hora;

que sin dar aviso previo,
 nos cierra el Señor Eusebio.
 Ahora clase hasta las dos.
 Y adiós,
 que después
 nos veremos a las tres.
 Luego de esto,
 entreno de baloncesto.
 Johnson, Jordan, Larry Bird.
 Nuestros ídolos de ayer.
 Este viernes,
 no me invernés,
 que va a haber
 fiesta en Campus a las ocho;
 y a vender
 chocolate con anís
 y cachis de calimocho,
 que hay que ahorrar para París.
 Me voy del tema, perdón.
 Fue sólo una ensoñación...
 Mis queridos compañeros
 de pupitre, clase o curso:
 voy acabando el discurso,
 que si bueno, mejor breve,
 y si no, nunca se debe
 aburrir.
 Me lo vais a permitir:
 Os emplazo
 que el dos mil cuarenta y uno
 —lo fío a tan largo plazo—
 nos veamos aquí alguno
 con los votos renovados;
 si no todos con cachaba,
 seguro que jubilados.
 Y ahora ya sí que se acaba.
 ¡Viva este grandioso centro
 y los oros de su historia!
 ¡Viva lo que pasó dentro,
 caudal de nuestra memoria!
 Los que llegaron más lejos,
 o sólo hasta la EGB,
 ¡Viva los alumnos viejos
 del Colegio San José!

Clausura

Finalizada la intervención del representante de las bodas de plata, fue invitado a tomar la palabra el Director Titular del centro que clausuró el acto con una breve

alocución, en la que agradeció la asistencia a los presentes, invitándoles a participar en el vino español que se sirvió a continuación.



Domingo 12 de junio de 2016
DÍA DEL ANTIGUO ALUMNO

ACTO SOCIAL

Finalizada la Asamblea, los antiguos alumnos y sus acompañantes pasaron al claustro de entrada a continuar la celebración ante unas mesas provistas de manjares que fueron regados con caldos de la tierra. Y mientras algunos

comentaban los actos celebrados, otros fueron acudiendo al patio de las columnas con el fin de dejar constancia de la asistencia al acto en varias fotografías.



BODAS DE ORO. PROMOCIÓN DE 1966.



BODAS DE PLATA. PROMOCIÓN DE 1991.